

nuestras almas; lo hemos injuriado nosotros con los judíos, lo hemos cargado de cadenas, y lo hemos abofeteado cada vez que lo hemos ofendido; hemos cubierto sus ojos divinos con negro velo de irrisión cada vez que hemos abusado de sus beneficios, para convertirlos en instrumentos de nuestros pecados. Nosotros hemos fabricado esas cadenas ofendiéndolo; quitémoslas con nuestro arrepentimiento; nosotros hemos cerrado á Jesus dentro de esas puertas ferradas con nuestras ingratitudes; abrámoslas con nuestro reconocimiento á sus bondades.

De este modo mereceremos que este adorable Redentor nos mire con ojos de piedad, nos dé su gracia y misericordia en la presente vida, y nos corone de gloria en la eterna. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

PRECIOSA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Et sine sanguinis effusione non fit remissio.

Y sin efusion de sangre, no hay remision.

(HEBREOS, cap. ix, vers. 22.)

Nada conmueve tanto nuestras entrañas, nada altera tanto nuestro corazon, nada excita en nuestro espíritu ideas lúgubres, tanto como ver la tierra empapada en sangre humana. Ora el aleve asesino haya enterrado el acero en el pecho de su adversario; ora la justicia humana haya alzado su cuchilla sobre la cerviz del homicida; ora la carnívora fiera haya saciado su hambre en el cuerpo humano; de cualquier modo que sea, la efusion de la sangre del hombre es un espectáculo que inspira terror á quien lo mira. ¿De qué proviene esta sensacion terrible que causa en nosotros la vista de la sangre humana? ¿Acaso de que sabemos que es la sangre el agente principal en la vida del hombre? No, ciertamente, porque estas ideas no existen sino en los entendimientos ilustrados, y el terror que engendra la vista de la sangre humana derramada, igualmente es propio del sábio que del ignorante, y quizá su vista afecta más al que ignora las causas físicas de la vitalidad, que al sábio que las conoce.

Hay, pues, en la sangre humana algo de sagrado, cuando así causa sensaciones tristes al verla derramada; hay sin duda en este flúido animal encerrado algun símbolo

de virtud y eficacia más que naturales, cuando la naturaleza se horroriza al verla fuera de su lugar. ¿Y sabeis cuál sea éste símbolo? ¿Sabeis qué idea sagrada pueda entreverse en la sangre del hombre? Desde luégo, entre todos los órganos materiales, ninguno simboliza el alma espiritual con tanta proporcion como la sangre, razon por qué algunos pueblos antiguos creyeron falsamente que era la sangre el alma del cuerpo; razon tambien por qué el pueblo hebreo tenía prohibido comer la sangre de los animales; inspirándoles Dios de este modo horror á ver el suelo regado con la sangre del hombre, por estar éste hecho á la imágen de Dios. Además, de todas las partes que componen el cuerpo animal, ninguna tiene una destinacion tan sagrada como la sangre; ella era ofrecida á Dios en sacrificio para protestar que Él es el autor de nuestra vida, y que merecemos perderla por nuestros pecados. Así es que en la ley escrita apenas se hiciera ceremonia alguna en el santuario sin intervencion de la sangre; la alianza antigua no es ratificada sino con la aspersion de la sangre; los primogénitos de Israel no se salvan de la mortandad sino con el tacto de la sangre; los sacerdotes no son consagrados sino con la uncion de sangre; la sangre es el alma del holocausto, y sin ella no se ofrece el sacrificio por el pecado. Ved si hay en la sangre humana simbolizaciones sagradas.

No lo he dicho todo; si el ver la tierra cubierta de sangre inspira horror, nada hay que extrañarlo, porque desde el principio del mundo ha sido mirada la sangre como el medio de reconciliacion entre Dios y el mundo criminal; sin interrupcion vereis correr á torrentes este líquido animal, regando con él los altares, las víctimas y sacrificios para obtener con él la reminiscencia del pecado, pues no habiendo efusion de sangre, no podia obtenerse el perdon, como afirma el divino Pablo: *Et sine sanguinis effusione, non fit remissio*. Aún debo deciros más: este pensamiento

de virtud expiatoria que se deja ver desde la más remota antigüedad en la sangre, no hubiera existido entre las ideas humanas si no hubiese presidido á todas ellas la creencia universal de que una sangre más que humana debia ser derramada por la reconciliacion del mundo; era el hombre un proscrito, un criminal, un desheredado, y no debia ser absuelto y reintegrado por la efusion de la sangre. ¿Sería ésta la sangre de los buecos y corderos? No, pues no la ha animado un espíritu racional. ¿Sería la sangre de un hombre puro? No, porque esta sangre estaba contaminada con la culpa. ¿Cuál era, pues, esta sangre de virtud expiatriz? La sangre de Dios.

Hé aquí por qué la efusion de la sangre humana es un acto que nos llena de consternacion; ella simboliza la vida; ella es la expresion de la adoracion al Sér divino; ella, por fin, nos trae á la mente la sangre de Dios derramada por salvar al hombre. Pues bien, amados míos; subid sobre las alturas de la fé; recorred el espacio que hay desde Getsemaní hasta el pretorio, y de aquí al Calvario, y no podreis ménos de temblar; todo está regado de sangre humana; un aleve, unos enemigos encarnizados, un pueblo furioso, unos verdugos sin piedad, la han arrancado gota á gota en una parte, y á torrentes en otra. ¿Qué sangre es ésta? ¿Es la sangre de un hombre que ha caido en manos de la justicia? No. ¿Es la sangre de un perturbador? No. ¿Es la sangre de un ladron ó asesino? No. Es la sangre de un hombre pacífico, caritativo, manso, humilde y misericordioso; es la sangre de un hombre sumiso á la autoridad, obediente á las leyes, respetuoso al sacerdocio y al templo, y que predica la paz. Ver teñido el suelo con sangre tan noble, causa horror é indignacion; examinar la causa por qué es derramada, será para nosotros un motivo más de amor al que quiso ofrecerse en sacrificio, y de compasion hácia los que se constitu-

yeron en sus verdugos. Esta sangre es la de Jesus; el motivo por que es derramada no es otro que el ser sangre justa, sangre de un Dios que expia en ella nuestros crímenes.

Hé aquí lo que vamos á investigar en este discurso; ayudadme ántes á implorar los auxilios del cielo, saludando á su Reina con el ángel.

AVE MARÍA.

Antes de salir Jesus cargado con la Cruz, encaminándose al Gólgota, se le formó una causa como á un criminal. En ella el juicio que se dió contra el supuesto reo, fué inicuo; las formas judiciales fueron ilegales, y la ejecucion excedió todos los límites de la crueldad. Por más que trabajaron los enemigos de Jesus, nunca pudieron sorprenderle ni en la más mínima falta; tres años enteros estuvieron escuchándolo, para no ser testigos sino de una doctrina celestial, conforme en todo á la de Moisés y los Profetas; otro tanto tiempo vivieron en la admiracion y el asombro, contemplando aquellas manos caritativas de donde salia el alivio de todas las dolencias, aquellos labios encantadores que llevaban el consuelo á los afligidos, y aquella virtud sobrenatural con que dominaba á los elementos, mandaba á los espíritus infernales, y arrebatava víctimas á la muerte. Jesus, como hombre privado, es el súbdito más pacífico, el israelita más devoto, el hombre más sincero y más fiel observador de su ley; como persona pública se ha mostrado el defensor del huérfano y de la viuda, el padre de los pobres, el amparo de los desgraciados; como sábio ha formado una escuela, ha recorrido el país, ha enseñado una doctrina en que no se encuentra la más imperceptible mancha en lo dogmático y en

lo moral. ¡Ah! Si no fuera así, sus enemigos lo hubieran manifestado en el tribunal, así como presentaron la intriga y la calumnia. En vano se aducen testigos falsos y sobornados al hallarse Jesus en presencia del sumo sacerdote; su testimonio es de ningun valor, por ser infundado y ficticio; mas en vano gritan sus émulos ante el tribunal romano, acusándolo de perturbador que enseña nuevas doctrinas; el magistrado conoce que no halla en ellos sino la envidia y el furor, confesando públicamente que Jesus es inocente. Hé aquí, amados míos, una gran anomalía del espíritu humano; un juez encargado de proteger la inocencia y de castigar el crimen; un reo, unos testigos; aquél tiene ciencia cierta de que es falso cuanto se alega contra Jesus; Éste no se defiende de ninguna de las falsas imputaciones que le hacen sus enemigos; éstos piden la cabeza y la sangre de Jesus, sin que Jesus tenga crimen alguno. Luego, ¿por qué causa muere Jesus? Y sin embargo, el juez lo condena, y Jesus muere.

Vamos á examinar este proceso; oigamos á los acusadores; observemos la conducta del juez; sigamos las huellas de Jesus, y deduciremos al fin que sus enemigos no tuvieron sus manos en la sangre de Jesus, sino porque Jesus era Dios. Sí; Jesus va á morir en un palo porque es Hijo de Dios. Estadme atentos: voy á descubriros toda la armonía que hay entre las palabras de Jesus, las del juez que lo condena, y las de los enemigos que piden su sangre.

¿Quiénes son los acusadores de Jesus? Los sacerdotes, los escribas, los pontífices, los encargados de vigilar por el culto divino, por la integridad de sus dogmas, los que debian cuidar que no se introdujesen jamás en el pueblo la idolatría y los errores del politeísmo, los que se gloriaban de ser los intérpretes de la ley, los depositarios de las tradiciones, los discípulos de Moisés, los sucesos-

res de Aaron, los hijos de Abraham. Es Jesus acusado por el sacerdocio y por la Sinagoga en cuerpo, y la acusacion capital se cifra, no sobre las acciones de Jesus, sino sobre su origen y naturaleza. Todo crimen contra la religion debia ser examinado por este tribunal, á quien competia el primer fallo, ántes de ser entregado el reo al brazo secular, al tribunal laical, para que lo mandase crucificar. En efecto: el senado judáico se reúne bajo la presidencia del sumo sacerdote Caifás, quien acusa á Jesus de haber dicho que Él disolvia el templo y lo edificaba en tres dias; quien lo acusaria de haber dado la salud á los enfermos el dia del sábado; pero estas acusaciones son tenidas por nulas; hay otra de mayor entidad, que tiene levantado contra Jesus al sacerdocio y á los letrados. Jesus ha dicho públicamente que Él existe ántes que Abraham, que Él y su Padre celestial son una misma cosa; que el que lo ha enviado no lo abandona jamás. Ha permitido Jesus que el pueblo lo aclame por ungido, por Hijo de Dios, por Mesías; ha sido aclamado por tal por el pueblo; ha confirmado la veracidad de estas aclamaciones por las palabras de los Profetas, asegurando á sus enemigos que si no confesasen su divinidad los niños y los inocentes, la publicarian las piedras; al querer resucitar á Lázaro ha confesado, en medio de los sábios que le rodean, que es el enviado del Padre celestial; en consecuencia de este milagro estupendo se conmueve Jerusalem, y al saber la llegada de Jesus á sus muros, salen sus habitantes con una espontaneidad nunca vista, y con la mayor presteza cortan palmas, forman arcos, tapizan calles, entonan himnos, y rodeando á Jesus como á un conquistador, «¡Hosanna, dicen; salud y gloria al Hijo de David; bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel!»

Éste es, amados míos, el gran crimen de Jesus; apenas se ha presentado ante el tribunal de Jerusalem, ha

sido interrogado sobre su doctrina, sobre sus discípulos y sobre su naturaleza. De su doctrina hace juez al público que la ha oido; de sus discípulos nada responde; mas en cuanto á su naturaleza y origen, no la oculta ni la encubre. «Yo te conjuro de parte de Dios vivo, le dice el sumo sacerdote, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.» Y Jesus responde: «Tú lo has dicho; sí lo soy; y vereis á este Hijo del hombre sentado á la diestra de la majestad de Dios venir sobre las nubes del cielo.» (Math., cap. xxiv, versículos 63-64.) No fué necesaria otra pregunta, ni otra acusacion. Vuelto el pontífice á los sábios del concilio: «¿Qué necesidad tenemos, les dice, de testigos? Vosotros mismos acabais de oír la blasfemia con que se hace Hijo de Dios. ¿Qué os parece?» Y todos contestaron: «Digno es de muerte: *reus est mortis.*»

Hé aquí ya la primera sentencia de muerte dada contra Jesus, sin otra causa que su origen y naturaleza. Sigamos todos los trámites de su proceso; la Sinagoga no tiene potestad para infligir á ningun reo la pena infame de la muerte de cruz, y sólo puede hacerlo despues de la sentencia declaratoria del magistrado romano. En efecto: todo el concilio se traslada á las puertas del Pretorio. Es Jesus acusado de rebeldía á los Césares, pues se dice que prohíbe pagar los tributos; es acusado de perturbador que trae levantado al pueblo, enseñándole doctrinas nuevas, y diciéndole que él es el Cristo, Rey de Israel. Pilatos lo interroga y examina, lo remite á un censor severo, lo interpela de nuevo, sin otro resultado que el deber publicar á la faz del concilio que Jesus no tiene causa alguna para ser condenado á muerte. Pero el presidente no habia oido aún el último capítulo de acusacion contra Jesus. Empeñado en salvar al que creia inocente, entabla una polémica pública con los acusadores, en la que tiene que dirigir algunas veces la palabra al acusado,

para oír sus descargos, si quiere darlos. Los fariseos, después de agotar todos los recursos de su ingenio para contestar al presidente, acriminando falsamente á Jesus, concluyen con decir que «ellos tienen una ley, según la cual Jesus debe morir crucificado, porque se ha hecho Hijo de Dios.» En vano queremos observar lo que resta del proceso alzado contra el Cordero de Dios, que no encontraremos otra causal para la sentencia que formulára contra él un juez cobarde é injusto; imprecaciones, amenazas, maldiciones, tumulto por parte de los acusadores, tentativas inútiles y sin vigor, disculpas y protestas por parte del juez; pedir aquéllos que recaiga sobre ellos y sus hijos la responsabilidad de aquella sangre; declarar éste que quiere estar inocente de aquel homicidio, es cuanto ocurre hasta el momento en que Jesus mueve el pié para ir del Pretorio al Calvario.

Entre tanto, señores, ¿habeis notado las preguntas y respuestas del presidente y del acusado? ¿No habeis advertido que el juez ha comprendido que se lo habian entregado por envidia? Tal es la persuasión que tiene de la inocencia de Jesus, que no le dirige una sola palabra para cerciorarse por su propia respuesta de si eran ó no fingidos los crímenes que se le imputaban. ¡Oh! ¿Y cómo podía creer que era perturbador, ni revoltoso, ni enemigo del César, ni del templo, ni de la ley, aquel que no habia querido recibir del pueblo los homenajes y la corona de Rey; aquel que á manos llenas repartía beneficios; aquel que habia mandado pagar alcabala por sí y por Pedro; aquel que dijo á los mismos que le acusaban, que diesen á Dios lo que era de Dios, y al César lo que era del César? ¿Cómo podía sospechar ni la sombra del crimen en aquel que con semblante modesto, con ojos humildes, con frente serena, con continente manso y pacífico, estaba sufriendo denuestos é injurias, tormentos y afrentas, sin hablar ni una sola palabra? Sí; Jesus, en cambio de no tener en su

pasion gloria ni majestad, pues se ve cubierto de ignominia, lleva su frente ceñida con la aureola de la inocencia, su rostro cubierto con los colores del pudor y de la modestia, resaltando por todas partes la humildad y su paciencia. Esto llena de temor y de reverencia al presidente que lo mira, puesto al frente de Jesus. Él es el Juez, Pilatos el reo; ¡ay! si éste no hubiera sido cobarde, pocos hombres hubieran sido tan grandes como él, porque hubiera tenido el lauro de haber sido el abogado de Dios, entregado al tribunal de las pasiones. Pero dejemos lo que hubiera podido hacer este romano cobarde, y examinemos lo que habló con Jesus, para que aparezca que al fin no dió contra él la sentencia sino porque era rey de los judíos, es decir, Ungido, Mesías, Hijo de Dios.

En ninguna de las acusaciones que adujeran los enemigos contra Jesus tembló el presidente sino cuando oyó que Jesus se hacía Hijo de Dios; y habiendo despreciado todas las otras, sólo ésta fué tomada en consideración. Ya de antemano habia oído decir al mismo Jesus que era Rey, y que habia nacido con esta dignidad, teniendo á su cargo el dar testimonio de la verdad; y quedó tan persuadido el presidente de la dignidad régia del acusado, que le impuso en el mismo suplicio el título de su imperio sobre la Judea. De dónde venga á Jesus esta noble prerogativa, hé aquí lo que tortura el ánimo del juez; al oír decir que Jesus es Dios, no puede permanecer en inacción. ¿De dónde eres tú? dice á Jesus. ¿Cuál es tu procedencia? ¿Cuál tu naturaleza? ¿Cuál tu origen? ¡Ah, amados míos! Preciso es aquí compadecernos de la iniquidad y ceguedad de este juez. El mismo Jesus le acaba de decir que su reino no es de tal naturaleza que pueda acarrear perturbaciones y temores á los Reyes del mundo; que Él viene á reinar pacíficamente en los corazones, y que todo el que quiera oír la voz que le habla en aquel